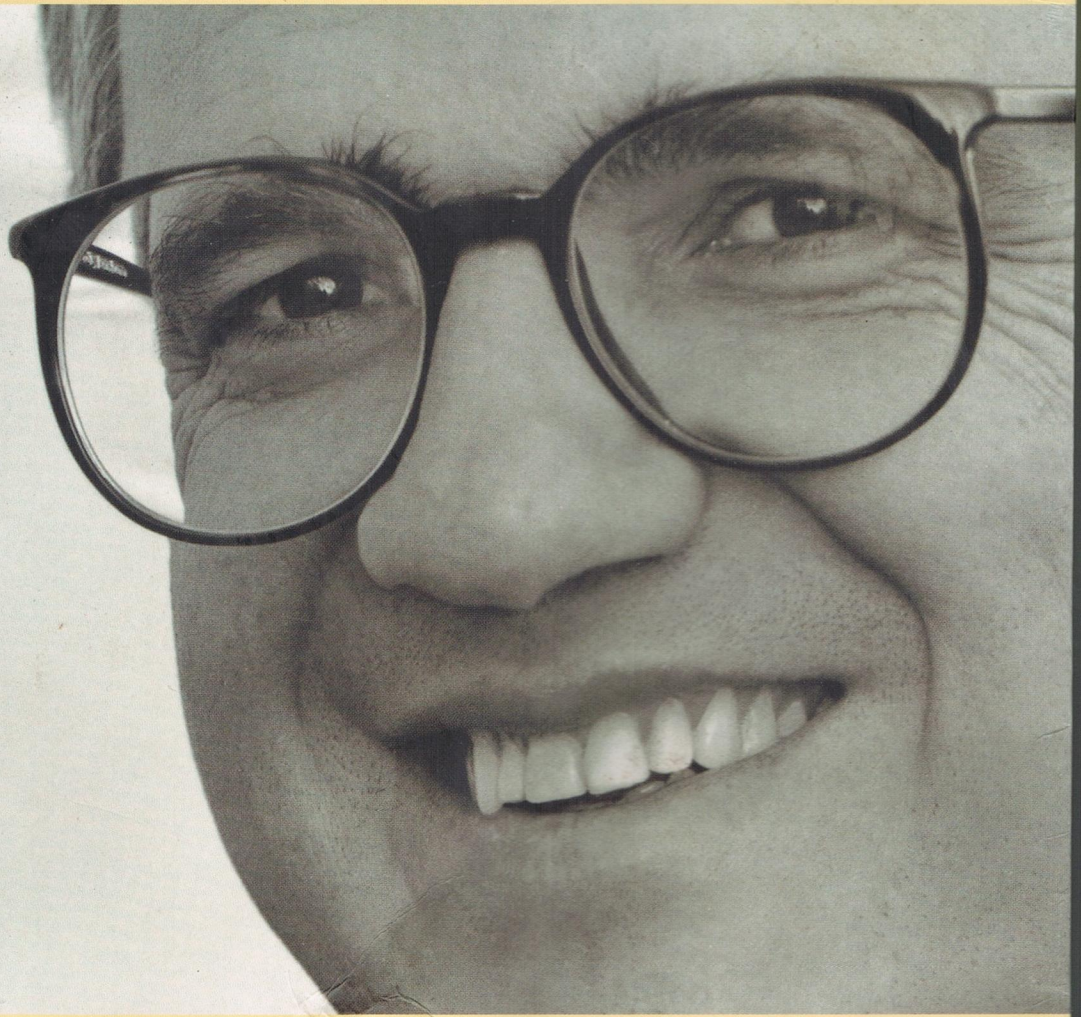


ERNESTO SAMPER PIZANO



AQUÍ ESTOY Y AQUÍ ME QUEDO

TESTIMONIO DE UN GOBIERNO

EL ÁNCORA EDITORES

ERNESTO SAMPER PIZANO

nació en Bogotá en 1950. Ex alumno del Gimnasio Moderno, estudió derecho y economía en la Universidad Javeriana y se especializó en la Universidad de Columbia (Nueva York). Ha sido concejal, diputado, senador, profesor universitario, diplomático, presidente de la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF) y fundador del Instituto de Estudios Liberales. Entre 1994 y 1998 ejerció la presidencia de Colombia. Después vivió casi dos años en España, donde dictó cursos de postgrado en las universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares, y en la actualidad reside en Colombia.



Con la frase que sirve de título a estas memorias de su gobierno, *Aquí estoy y aquí me quedo*, cerró el presidente Samper la alocución televisada con la cual se iniciaría el epílogo de una de las crisis políticas más graves que ha vivido Colombia en las últimas tres décadas. La presión ejercida por la diplomacia norteamericana, que alimentó las veleidades golpistas de algunos empresarios, de ciertos militares y de no pocas luminarias del periodismo nacional, contribuyó a polarizar los ánimos hasta extremos irreconciliables. En marzo de 1996 el país fue descertificado en su lucha contra el narcotráfico y algunos meses después, en un acto de provocación sin precedentes, al primer mandatario de los colombianos se le retiró la visa de ingreso a los Estados Unidos.

Todas las circunstancias personales y políticas que determinaron el rumbo de la crisis fueron escritas para este libro por quien estuvo en el ojo mismo del huracán durante cuatro años seguidos: las grabaciones que prendieron la mecha del escándalo, las declaraciones de Santiago Medina y de Fernando Botero, el juicio ante el Congreso, el papel de los gremios económicos, la droga en el avión presidencial, las relaciones con los países no alineados, las conversaciones de paz con la guerrilla, el asesinato de Álvaro Gómez Hurtado y la salida del gobierno del general Harold Bedoya, entonces Comandante de las Fuerzas Armadas, son apenas algunos de los episodios que el lector encontrará en sus páginas.

Lo novedoso del libro, sin embargo, y lo que hace de él un documento histórico imprescindible, es la polémica interpretación de tales episodios. En un lenguaje vivo y directo, salpicado de anécdotas y referencias personales, el autor presenta *su* versión de los hechos, por supuesto, pero con ella permite que el lector descubra las verdaderas dimensiones de un presidente que supo defender, en esta convulsionada esquina de Latinoamérica, un proyecto político en el cual creyeron —y aún siguen creyendo— millones de colombianos.



CONTENIDO

9	PRESENTACIÓN
11	AGRADECIMIENTOS
13	¿POR QUÉ NO ME TUMBARON?
38	EL GOBIERNO DE LA GENTE
48	LOS FAMOSOS NARCOCASETES
56	BOTERO MIENTE PARA SALVARSE
64	SEMANA DE PASIÓN
82	EL JUICIO FINAL
94	LA NOCHE DE LOS MINISTROS
108	LA ABSOLUCIÓN
121	NACEN LOS CACAOS
130	LA CORTE CONTRA LOS CONGRESISTAS
139	ESTADOS DE ÁNIMO
146	EN BUSCA DE LA GOBERNABILIDAD
164	SALE DE LA CALLE
174	SE VA BEDOYA
187	EL ATENTADO CONTRA CANCINO
199	EL ASESINATO DE ÁLVARO GÓMEZ HURTADO
213	DETALLES ÍNTIMOS
225	UNA HISTORIA DE AMOR Y DE ODIO
242	PRIMEROS ROCES
249	ENCUENTROS CON CLINTON
260	¿POR QUÉ NOS DESCERTIFICARON?
280	EL RETIRO DE LA VISA
289	DROGA EN EL AVION PRESIDENCIAL
296	ASÍ CAYÓ EL CARTEL DE CALI
310	FANTASMAS EN PALACIO
318	LOS PRIMEROS CONTACTOS CON EL ELN
326	DE VIANA A PUERTA DEL CIELO
339	PRIMERO LOS DERECHOS HUMANOS
354	EL MINISTERIO DE LA PAZ
361	MIS RELACIONES CON LA IGLESIA
373	ENCUENTROS INTERNACIONALES
389	HASTA EL ÚLTIMO MINUTO

DROGA EN EL AVIÓN PRESIDENCIAL

Me encontraba atendiendo una audiencia con el embajador de la India cuando recibí un mensaje urgente del comandante de la Fuerza Aérea, el general Héctor Gil Nieto: necesitaba hablarme sobre una “cuestión de vida o muerte”, código que usábamos en palacio para calificar un asunto de máxima prioridad.

Acostumbrado al talante tranquilo de Gil, le solicité a mi secretaria Consuelito que le abriera un espacio en mi agenda, pues debía de ser una cuestión grave. Llegó una hora después. Le pedí disculpas por el poco tiempo que tenía para atenderlo, porque estaba preparando la intervención que iba a hacer en Nueva York con ocasión de la conmemoración de los veinticinco años de existencia del Movimiento de Países No Alineados, que Colombia presidía. Estaba previsto que viajara a la mañana siguiente.

El viaje no prometía, sin embargo, ser nada placentero. Meses atrás, cuando el gobierno de los Estados Unidos, buscando producir unos efectos políticos, canceló mi visa de ingreso a ese país, yo había declarado que no necesitaba este requisito para poder cumplir con mis responsabilidades presidenciales y que lo demostraría asistiendo en septiembre en Nueva York a los actos programados en las Naciones Unidas. Esta declaración no había caído muy bien en Washington.

El general Gil me estaba esperando en la pequeña sala de juntas, al lado de la oficina de la secretaría privada. Me informó que esa tarde lo había buscado un mecánico que trabajaba en los talleres de la base aérea de CATAM, en el aeropuerto Eldorado, para decirle que había tenido conocimiento de que existía un plan para colocar un alijo de droga en el avión de la Fuerza Aérea que me llevaría a Nueva York. El valiente mecánico, indignado, manifestó al general que él no podía aceptar, como colombiano, que trataran de “quemar” de esta manera al presidente.

Inmediatamente, Gil había impartido instrucciones precisas para que buscaran la droga, desbaratando el avión si fuera necesario, pero hasta el momento no habían podido encontrarla. Cité con urgencia a palacio al general Rosso José Serrano, director de la policía, y al general Antonio Sánchez, coordinador de seguridad; localicé al fiscal Alfonso Valdivieso y lo puse al tanto de la novedad, a tiempo que le solicitaba que enviara un equipo al aeropuerto.

Con semejante amenaza en ciernes, José Antonio Vargas, secretario general de la presidencia, diligente como siempre, contrató un avión comercial de la compañía ACES para que nos llevara al día siguiente.

Los generales se dirigieron al aeropuerto con toda la parafernalia disponible para la detección de drogas: perros, aspiradoras y sabuesos humanos.

Pasadas las doce de la noche recibí una llamada del general Gil: —¡Bingo, señor! —me dijo—: ¡encontramos la droga!

—Lo felicito, general —repliqué—. ¿Y dónde estaba guardada?

—Debajo de la cabina de pilotos, en un estrecho compartimento al cual se llega desde el tren de aterrizaje delantero. Es un sitio de imposible acceso para los perros. El que lo hizo sabía qué terreno estaba pisando.

Se trataba de un paquete de varios kilos de heroína de mala calidad empacada en bolsas plásticas baratas. La fiscalía asumió la investigación con inusual diligencia. El jefe de fiscalías, Armando Sarmiento, me llamó varias veces para darme todo tipo de informaciones, que incluían

sus pr
celo d
la inv
por de
despu
lo cua
de una
conspi
seguía
por es
pureza
sobre l
a las p
mente
avión d
7
en su c
Coinci
los Esta
N
efectiva
un epis
las elec
judicial
fiscaliza
presione
Unidos,
la satani
llegar a l
de golpe
L
conservo

sus propias opiniones sobre la gravedad del acontecimiento. El excesivo celo del ente fiscalizador, que contrastaba con su actitud displicente en la investigación de otros hechos de interés para el gobierno, me pareció, por decirlo benévolamente, curioso.

Un dictamen pericial de la misma fiscalía, producido pocas horas después, determinó que la heroína era de una calidad extraordinaria, lo cual fortalecía para los investigadores la hipótesis de que se trataba de una acción criminal con móviles comerciales y no de una maniobra conspirativa para enredarme al llegar a Nueva York, como muchos seguíamos pensando.

La rapidez con que se sucedieron los hechos, la acucia de la fiscalía por esclarecerlos, las variaciones bruscas en los diagnósticos sobre la pureza de la droga, dejaban el episodio sembrado de preocupaciones sobre los verdaderos móviles del crimen. La preocupación creció cuando, a las pocas horas, el embajador de los Estados Unidos anunció públicamente que su gobierno no tenía nada que ver con lo ocurrido en el avión del presidente.

Temprano en la mañana hablé con Horacio Serpa, quien quedaría, en su condición de ministro delegatario, encargado de la presidencia. Coincidimos en la inquietud por lo que pudiera ocurrirme al llegar a los Estados Unidos.

No es que yo fuera víctima de un delirio de persecución; es que, efectivamente, me estaban persiguiendo. Todo había empezado como un episodio común de enfrentamiento político con mi adversario en las elecciones, Andrés Pastrana; después vinieron las calumnias, la judicialización de nuestras discrepancias y la politización del ente fiscalizador encargado de conducir el proceso; luego aparecieron las presiones externas, como el retiro de mi visa de ingreso a los Estados Unidos, la descertificación de Colombia en su lucha contra la droga y la satanización de nuestra imagen en los medios internacionales; hasta llegar a los hechos terroristas para desestabilizar el gobierno, los intentos de golpe y la búsqueda de mi propia eliminación física.

Le entregué a Horacio Serpa, privadamente, una carta cuyo texto conservo en mis archivos personales:

Doctor Horacio Serpa
Ministro Delegatario
ESM

Estimado Horacio: en caso de que ocurriera cualquier dificultad con ocasión de mi visita a Nueva York que afectara mi integridad personal o mi libertad le ruego proceder de la forma siguiente:

Actuar con energía desde el primer momento. Si se comprueba una participación oficial del gobierno de los Estados Unidos, declarar persona no grata al embajador y anunciar el examen de una inminente suspensión de relaciones, previa consulta a todos los ex presidentes.

Convocar públicamente a la comunidad internacional y pedir una reunión inmediata de los cancilleres del Grupo de Río para ponerlos en conocimiento de los hechos.

Citar a la cúpula de las Fuerzas Armadas a palacio para asegurar la gobernabilidad, y solicitar al Congreso que se declare en sesión permanente para ejercer la función de control político correspondiente.

Solicitar el inmediato regreso al país del vicepresidente.

Llamar a una reunión urgente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores para informarle de las medidas que se adopten.

Salir rápidamente a la televisión para solicitar la solidaridad de la gente y rechazar cualquier acción violenta de protesta.

Si es necesario, proteger a mis hijos enviándolos a España, ya sabes dónde.

Sobre todo, Horacio, calma, templanza y fe. Un abrazo.

Horacio se sorprendió un poco con el texto de la carta y me dijo que estaba seguro de que no tendría que poner en práctica ninguna de las recomendaciones. Por supuesto, su dramatismo estaba en buena parte originado en el episodio de la droga encontrada en el avión para comprometerme, y en la larga y oprobiosa cadena de hechos que he mencionado anteriormente.

En la rueda de prensa de despedida me limité a calificar de "canalla" el hecho, sin querer ir más lejos. Viajamos, como es fácil entenderlo, con algún nerviosismo, al extremo tal que cuando aterrizamos en el aeropuerto Kennedy y estábamos a punto de detenernos en

plataforma, Tulio Ángel, entonces asesor en comunicaciones y persona reconocida por sus apuntes humorísticos, comentó:

—Miren qué raro: ¿por qué será que Carlos Julio Gaitán (a la sazón cónsul en Nueva York) nos está saludando allá abajo con las manos esposadas?

La carcajada fue general.

Habíamos tomado la decisión de no alojarnos en un hotel sino en la casa de la embajada de Colombia ante la ONU, donde estaríamos más tranquilos y me sentiría completamente a salvo. El ambiente, naturalmente, no era el más sosegado. Constanza, la esposa del embajador Julio Londoño, lo hizo mucho más grato y llevadero.

Nuestro arribo a la residencia fue toda una odisea. Extrañas cuadrillas de trabajadores públicos habían decidido abrir huecos precisamente ese día en esa calle y enfrente a la casa de la embajada. Jacquie, con su peculiar intuición, que algunas veces raya en la fantasía y otras se convierte en aplastantes aciertos, dijo:

—Deben de ser los equipos de inteligencia cubanos, disfrazados de obreros públicos, que te están cuidando.

Efectivamente, los servicios de seguridad de Cuba habían estado asesorando a nuestra gente de avanzada en distintos aspectos logísticos de mi seguridad en la Gran Manzana. Aunque el esquema de seguridad presidencial colombiano era considerado por los expertos, en ese momento, como uno de los cinco más eficientes del mundo, los cubanos tenían un amplio conocimiento del terreno, resultante de los múltiples viajes de Fidel Castro a las Naciones Unidas.

—¿Ah, sí? ¿Y la otra cuadrilla? ¿Esa de dónde sale?—le pregunté a Jacquie por tomarle el pelo.

—Pues deben de ser los de la CIA —me contestó sin inmutarse.

Al día siguiente, un amigo me regaló uno de esos aparatos inútiles que venden para reducir los niveles de estrés, una especie de grabadora con un disco de “sonidos naturales” bastante exquisitos (olas del mar Caspio, cascada en los Andes, río keniano) que de lo puro naturales terminan por ser desesperantes. Para nuestra sorpresa, no bien conectamos el aparato a la red de electricidad de la casa, comenzamos a

oír las voces de los que estaban trabajando abajo: seguramente las redes eléctricas de la residencia de alguna manera se conectaban con las de la calle por las reparaciones que estaban efectuando.

— ¿Cómo te parece el regalo? —le comenté a Jacquie—: un verdadero detector de espías urbanos. ¡Muy desestresante!

A pesar de todas estas precauciones yo venía, por supuesto, muy preocupado. Tanto, que en la mañana del viaje había colocado en el bolsillo de atrás de mi pantalón una pastilla de cianuro que había preparado un amigo farmacéuta, por encargo mío, desde hacía varias semanas. La cápsula había sido fabricada teniendo en cuenta mi peso, mi edad y mis condiciones físicas para que su acción estuviera asegurada. Solamente Jacquie y Alonso Gómez, mi médico, tenían conocimiento de su existencia.

A pesar de mis convicciones religiosas, reconozco que consideré siempre la posibilidad del suicidio como una hipótesis de salida digna. El recuerdo de la desaparición de Salvador Allende y de su voz, entrecortada por la emoción, anunciando por la radio, antes de morir, que volverían a florecer las alamedas de la libertad en Chile, golpeaba insistentemente en mi memoria en esos días de tremendas dificultades.

La mía no era ni mucho menos una decisión producto de la desesperación. No, mi determinación resultaba de una reflexión profunda de que lo único que podría darle la vuelta a una situación terminal, como la que podía presentarse en Nueva York, y salvar la dignidad nacional y mi propio honor, era el recurso extremo del suicidio. Lo único que me torturaba —y lo comenté un par de veces con mi hermano Daniel— era que mis hijos entendieran en el futuro la motivación altruista de la determinación que tomaba. Por esa razón, en la madrugada del 20 de septiembre de 1996, antes de salir para el aeropuerto rumbo a Estados Unidos, escribí una larga carta para Andrés, Miguel y Felipe cuyo contenido me llevaré a la tumba, a donde espero llegar de muerte natural y bastante viejo.

El episodio de la droga infiltrada en el avión, cuyo origen, como digo, aún no ha sido posible establecer, contribuyó a que el viaje a Nueva York estuviera rodeado de comprensible tensión. Sin embargo,

lo que tan mal había empezado tuvo un final feliz. Mi intervención ante la ONU, que precisamente se refirió en parte al problema de la droga y la necesidad de luchar unidos contra ella, recibió una calurosa ovación de pie por parte de los asistentes; fue su manera de aprobar la tesis de la corresponsabilidad mundial contra la droga que planteé en mi intervención y de expresar a Colombia, en el sitio que tocaba, su solidaridad por los hechos absurdos que estaban ocurriendo.